

## FABULA DEL JOVEN PALOMERO

Erased una vez un joven que vivía en un lejano país llamado AMBICION, al que le regalaron unos pichones de paloma mensajera. Pronto comprendió que con esos pichones podría convertirse en un próspero negociante, así que les entrenó y consiguió ser el más importante mensajero del país.

Mientras tanto, los pichones se habían convertido en unos magníficos palomos y trabajaban sin descanso, de sol a sol, llevando mensajes por todos los rincones de su vasto territorio. No importaba que hiciera sol o lloviera, que hubiera viento o calor, ellos cumplían con su deber orgullosos de que las gentes admirasen su eficacia y rapidez, convencidos de que, en el fondo, ellos eran los artífices del éxito de su amo. Por ello le pidieron que, en consideración a sus esfuerzos, les incrementase la ración de grano con que se alimentaban y que, por haber crecido en tamaño, casi no bastaba para cubrir sus necesidades. También le rogaron que adecentara sus nidos, los cuales seguían siendo como fueran desde el principio, pequeños, sucios y llenos de parásitos que ellos no tenían tiempo de eliminar.

Ninguna de sus peticiones fue atendida, ya que su amo estaba tan ocupado en difundir y ampliar su éxito, que ni siquiera consideró que fuese necesario hacer caso de sus palomos, ya que cada día había más y más palomos deseosos de participar, aunque fuese por unos granos de semilla, en tan magnífico negocio.

Entre los primeros palomos cundió el desaliento y la melancolía se apoderó de ellos. Ya no volaban orgullosos y felices, sus fuerzas estaban mermadas y cada mensaje que tenían que llevar se convertía en una pesada carga. Así que al cabo de poco tiempo, algunos de ellos optaron por la libertad del campo, otros por actuar en el circo y otros por cambiar de amo; por lo que el otrora atractivo grupo de palomos, se convirtió en un grupo de pajarracos, desvencijados y grotescos, que peleaban entre sí por los pocos granos que su amo les daba, como si fuesen aves carroñeras.

Para controlar la situación, el amo trajo consigo unos viejos palomos expertos en dirección de bandadas. Pero a los palomos no les gustaban sus métodos para reconducir al grupo. Hubiera bastado con unos cuantos granos de más y con arreglar los nidos, pero ahora ya era demasiado tarde. Ninguno quería renunciar a nada y todos querían mucho más.

Así las cosas, los mensajes ya no llegaban siempre a su destino, los palomos poco avezados se perdían en los temporales, otros exhaustos casi no eran capaces ni de echar a volar y los más volaban malnutridos, cansados y con las plumas maltrechas por falta de tiempo para cuidarlas.

Muy pronto los clientes del amo empezaron a dudar de la eficacia del mismo y paulatinamente confiaron sus más importantes encargos a otros jóvenes palomeros, con lo que el deterioro fue tal, que los mensajes llegaban a destinos equivocados, tarde, o ni siquiera llegaban.

Un día uno de los palomos no regresó de su viaje. Unos pensaron que habría decidido marchar junto a los que ya habían abandonado, otros que estaría perdido y pronto regresaría, nadie podía explicarse su ausencia, salvo un viejo pino bajo el cual yacía moribundo el pobre pájaro, con la mirada puesta en el cielo, esperando que sus compañeros fueran a buscarlo. Pero nadie acudió en su auxilio, nadie sabía que estaba allí, porque había volado perdido, sin fuerzas y con las alas desplumadas. Nunca nadie supo qué le pasó.

Y allí sigue esperando que lleguen a su lado, los que, sin duda, le seguirán.

¡POR UNOS GRANOS DE SEMILLA! . El fabulista Sancho.